

MIGUEL ÁNGEL VÁSQUEZ MELÉNDEZ, *Ebrios y laboriosos: dos aproximaciones a la sociedad capitalina hacia el final del siglo XVIII*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2022, 159 pp. ISBN 978-607-564-345-8

Frente a la estructura corporativa que supone el funcionamiento de la sociedad colonial “organizada armoniosamente”, el autor nos muestra la otra cara de la moneda: el submundo de los vagos, ebrios, cómicos, maromeros, pícaros, ladrones y un sinfín de sectores que integraban las masas de la periferia en la urbe novohispana. Hombres, mujeres y niños que no encajaban en esas estructuras corporativas y servían como detonante para resquebrajar el discurso del sistema, que estaba ideado y construido a partir de una imagen de orden.

A través de las páginas de esta pequeña obra se vislumbra un espacio ciudadano que construye dos ámbitos: el urbano y el periférico donde una línea imaginaria, a modo de frontera, elabora reglas diferentes que regulan la vida de sus habitantes: orden versus desorden. Lo que para unos es el ideal de civilidad (el espacio del pensamiento ilustrado), para otros, su entorno era un lugar de “libertad” desde su perspectiva. Ambos se ven distintos y, por tanto, la mirada hacia el otro plantea dos formas de ver una realidad. Pero la ciudad no sólo la integran dos ámbitos: es una multiplicidad de maneras de vivir y construir el entorno cotidiano. En el mundo de los disidentes, las reglas se rompen y se articula un mundo que habita no sólo en la periferia, sino que irrumpe en la ciudad en diferentes tiempos, ya sea por las noches o en los días festivos, cuando las masas se dan cita en las principales calles y espacios públicos. En una instantánea resulta difícil tender una barrera entre estos territorios que conviven y se ignoran, se necesitan y rechazan.

Dividido en cuatro secciones, el trabajo inicia con un recorrido personal por la aventura de descubrir un tema de estudio. Buena parte de esta reflexión pasa revista a sus años de trabajo en archivos y al hallazgo de materiales de su interés. Dichos materiales constituyen las herramientas del historiador, que pocas veces se ocupa en documentar sus avatares, pues frecuentemente esta parte queda reflejada en el

aparato crítico, a veces en algunas notas de pie de página o bien en charlas de café con los amigos. Sin embargo, es un ejercicio que invita a los lectores a descubrir el otro lado del quehacer de la investigación, la manera en que el investigador termina por ser atrapado en un tema; ese trayecto donde se nos van atravesando los testimonios en espera de darlos a conocer. Metodológicamente todo es válido en la actualidad gracias a las nuevas corrientes historiográficas y al tratamiento de la información; hay tantas maneras de desarrollar un tema como tipos de materiales que se pueden aprovechar. A veces se construyen hipótesis previas y luego se buscan los documentos apropiados. Sin embargo, cuando se trabaja en un acervo suele ocurrir que los materiales llegan a nosotros de manera “fortuita” y se van acumulando hasta que se tienen los datos suficientes para empezar a tejer la trama de la narración. Éste parece ser el caso del texto comentado.

Para dar cuenta de la cotidianeidad de estos sectores, de los avatares de su vida, los escenarios políticos y económicos que explican su comportamiento, el autor aprovecha dos fuentes. La primera es un manuscrito anónimo, un texto dirigido al virrey y a los integrantes de la dinastía borbónica. Conservado en el fondo *Jesuitas*, legajo III-6, se compone de 14 notas que describen la vida de estos sectores, sus malos hábitos y su incidencia perjudicial en la sociedad capitalina. Sus observaciones van encaminadas a sugerir la solución a una serie de problemas que aquejaban a la ciudad a causa de los malvivientes. Proponía frenar el consumo de bebidas alcohólicas empleando la mano de obra de los delincuentes para trabajos de saneamiento y embellecimiento de la ciudad. Como buen sociólogo de la época, no descuida los pros y los contras y destaca los efectos de las bebidas embriagantes, la falta de empleo, la desarticulación de las familias a causa de los trabajos excesivos y el confinamiento en obrajes, fábricas y otros establecimientos, así como la relación entre el campo y la ciudad, donde un grupo de intermediarios monopolizaba los productos en detrimento de los consumidores.

En su mira está el bienestar de la urbe y propone una serie de cambios. La ciudad debía regirse por el orden y por lo tanto atender ciertas costumbres que debían ser regularizadas enumerando varias, como las transacciones que recurrían al pago con prendas o su empeño para el consumo de bebidas embriagantes, el vuelo de papalotes en las

azoteas, considerado como una diversión peligrosa para los niños, o la prohibición de arrojar flores desde los tejados durante las procesiones, la reducción de la velocidad de los carruajes a fin de evitar accidentes y el control sobre los perros callejeros. Asuntos importantes eran la limpieza de las calles y la necesidad de situar fuera de la ciudad los giros que pudieran provocar incendios o representar peligros para los ciudadanos (p. 99). El bien de la ciudad estaba por encima de todo.

El otro documento es un discurso elaborado por Silvestre Díaz de la Vega, destinado al rey Carlos III, que data de 1788. Se conserva en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de la UNAM, en la serie Manuscritos, con el número 1337. Es una descripción de las condiciones económicas de las grandes propiedades. Su enfoque y crítica es con el fin de mejorar la producción de las bebidas embriagantes, particularmente los aguardientes de caña conocidos como chinguirito. El discurso de Díaz de la Vega apunta los inconvenientes del consumo, sin embargo, reconoce la necesidad de mantenerlo por cuestiones económicas para fomentar la producción. Entre sus críticas pone frente a frente las cualidades del pulque y del chinguirito.

Ambos informes son una crítica a la sociedad, enfocada particularmente a los grupos menesterosos, considerados los culpables de los males que aquejaban a la urbanidad. Sin embargo, detrás de estos indeseados está la supervivencia de ciertos renglones de la economía, tanto urbana como rural. El consumo de bebidas era favorable para la permanencia de las grandes propiedades productoras de pulque y caña de azúcar. En la urbe la existencia de sitios de consumo, tanto legales como clandestinos, formaba parte de esa economía informal que permitía la subsistencia de los sectores bajos y medios, e incrementaba las arcas de los pudientes. Frente a esta disyuntiva, que no da una solución para la disminución del consumo de enervantes, los críticos plantearon diferentes salidas a este mal necesario.

¿Cuál era el escenario donde tenían lugar los encuentros de estos sectores? El primero lo integra el espacio urbano donde se concentraban los sitios de espectáculo, tales como el coliseo, los patios dentro del Palacio Virreinal, las casas de comedia y maromas, mientras que los espectáculos callejeros se realizaban en diferentes rincones: patios, accesorias o pequeñas habitaciones en casas o locales de hospedaje. Los sitios de entretenimiento eran los paseos, como por ejemplo el paseo de

la Alameda, el de Bucareli, la Viga o el de Revillagigedo, donde tenían lugar caminatas, paseos a caballo o en canoa, acompañados de cantos, bailes y el consumo de alimentos y bebidas de pulque ligero. A partir de 1754 los músicos del Regimiento tocaban en la Alameda y acompañaban todas las ceremonias oficiales.

Estos sitios, aunque trataban de regular los comportamientos y mantener el orden, terminaban por sucumbir a la realidad que los desbordaba al entrar en contacto los diferentes sectores sociales. Si bien las reglas imponían una rigurosa distribución de los grupos de acuerdo a su condición social, durante las caminatas o los espectáculos generalmente afloraban los atropellos y el caos imperaba rompiendo el orden. Las cazuelas para hombres y mujeres de baja condición, pese a haberse planeado para evitar los desmanes y regular los comportamientos, quedaron sólo en la buena intención ante la apabullante realidad; lo mismo ocurría en la periferia donde las pulquerías se habían dividido tradicionalmente para hombres y para mujeres, y a fines del siglo XVIII se rompió el esquema con la construcción de baños para hombres y para mujeres en las mismas pulquerías. La ciudad era el sitio de experimento, donde los cronistas exaltaron las festividades y el boato que privaba en las celebraciones en que participaban los grupos pudientes y el pueblo admirando los espectáculos. Sin embargo, en los reportes de la vigilancia urbana salían a relucir los desórdenes de los sectores bajos, donde predominaban la embriaguez y los altos índices de delincuencia. Desde esa mirada, como lo señala el autor, “Describir a los marginados es distinguirse de ellos, fomentar la unión entre los que en apariencia son ajenos a los hábitos reprobados”. Y mientras las autoridades trataban de regular la vida pública, imponiendo sanciones a quienes no respetaran los horarios, en las fiestas palaciegas dichas restricciones se pasaban por alto.

Del otro lado, los espacios clandestinos se incrementaban en la periferia. Ahí estaban las pulquerías, los zangarros, calles atestadas de puestos ambulantes, plazas públicas que servían como dormitorio de los malvivientes. Ahí tenían lugar los juegos de azar, a los que eran proclives todos los sectores de la sociedad, aunque la atención se centró en los menesterosos que despilfarraban su pobre peculio. La noche era propicia para la entrada de los productos prohibidos con la anuencia de las autoridades encargadas de vigilar las garitas. Si bien

las funciones del Tribunal de la Acordada se encaminaban a capturar a los delincuentes y salteadores de caminos, así como a controlar la entrada de bebidas alcohólicas clandestinas a la ciudad, la impunidad de los sectores pudientes favorecía los negocios con los funcionarios menores que permitían la entrada de los enervantes por las garitas bajo su control. En esos lugares, las primeras horas del día eran la antesala para la presencia de trasnochadores, prostitutas, trabajadores de la construcción, almuerceras que instalaban sus puestos cerca de las obras, lo mismo que hacían las tlacualeras en el campo. Era la víspera de un nuevo día en que los ruidos se mezclaban con el ir y venir de los vendedores y el silencio de los templos con sus pocos feligreses. A decir de los cronistas, en las primeras horas del día, las pulquerías tenían más público que las primeras misas.

En los textos analizados nos internamos tras bambalinas en el mundo de los sectores marginales, del que salen a la luz su vida cotidiana y sus prácticas lúdicas. ¿Cómo se tipificó a estos sectores de la sociedad? El autor pasa revista a estos personajes, entre los que hay un conjunto de personas, familias y grupos dedicados a ofrecer diversiones: cómicos, maromeros, volantineros, equilibristas, titiriteros, prestidigitadores, magos, personas con características distintas, descritas como monstruos. A ellos se suman pordioseros, vagabundos tahúres, prostitutas, migrantes y extravagantes que pululan por las calles de la ciudad creando un ambiente de inseguridad. Este tipo de población crea una imagen depauperada de la ciudad. En la garita de Balvanera, los barrios de Santo Tomás la Palma y la Candelaria, prevalece un ambiente de tahúres, borrachos y malvivientes, los cuales infestan las calles, los establecimientos de bebidas, e irrumpen en la ciudad a altas horas. La noche es propicia para los desmanes, robos, violaciones, los juegos, el contrabando de bebidas alcohólicas. Es el mundo que las autoridades desean ignorar pero que está presente.

Las autoridades civiles y religiosas construyeron una imagen de estos sectores asociados con la delincuencia, alejados de la vida religiosa, vinculados con los vagos y ociosos, proclives a los delitos y a los pecados de adulterio, bigamia, herejía, prostitución, sospechosos de llevar una vida licenciosa. Su presencia en la ciudad era motivo de morbo pero también de reserva, construyendo una barrera entre el público espectador y los actores. Una lluvia de improprios contra

ellos no dejaba de sonar, no sólo durante el espectáculo sino al momento de atraer al público, calificados como “la ínfima plebe” o “las heces del populacho”. Desde el púlpito los sacerdotes califican sus lugares de encuentro como “templos de Lucifer”, “idea viva del infierno” o “cátedra del diablo”. La vida en la periferia se caracteriza por la vagancia, la falta de trabajo, el hambre, la incertidumbre familiar, amén de los desmanes, la violencia callejera y un sinfín de formas de subsistencia, la mayoría tipificadas por la otra sociedad como inmorales.

El trabajo confronta estos mundos y maneras de vida. Tanto en la zona urbana como en la periferia trataba de implantarse el control sobre la gente, regular sus comportamientos para imponer reglas de moralidad. Como en todos lados, las contradicciones entre las reglas y la cotidianeidad se manifestaban en las decisiones. La benevolencia hacia los sectores pudientes se describe como las grandes virtudes de la diversión festejando en las crónicas el boato de las reuniones. Dos mundos irreconciliables que traspasan el tiempo y siguen vigentes no sólo en la sociedad mexicana sino en todo el mundo donde las diferencias sociales son más marcadas; el discurso actual ha puesto en boga el término invisibilizado para referirse a estos sectores que por mucho tiempo quedaron en la marginalidad. La historiografía actual ha puesto la mirada en ellos para mostrarnos el mundo que todos conocemos y queremos ignorar.

Tomás Jalpa Flores

*Biblioteca Nacional de Antropología e Historia*